

## DISERTACION

SOBRE

## LA NATURALEZA DEL ALMA,

Y SOBRE SU ESTADO DESPUES DE LA MUERTE, SEGUN LOS ANTI-  
GUOS HEBREOS.

## ARTICULO PRIMERO.

Distincion del cuerpo, del alma y del espiritu.

I.  
Doble sentido del nombre de alma entre los antiguos. Distincion del cuerpo, del alma y del espiritu segun su sistema.

EL nombre de *alma* es con frecuencia equívoco en los escritos de los antiguos. Algunas veces entienden aquella substancia simple, espiritual, incorruptible, inmortal, que piensa en nosotros. Otras veces entienden una substancia material, pero de una materia delicada, sutil, y casi como de la naturaleza del aire, de la luz, del rayo, la cual sirve como de carne, de vestido y de cubierta al espíritu que es el principio de nuestros pensamientos, y de nuestros discursos. El alma tomada en el ultimo sentido, segun muchos antiguos, es sensible á los atractivos del deleite, al olor de los perfumes, y al sonido de los instrumentos; aparece al rededor de los sepulcros, gusta de la sangre de las víctimas, y se comunica por la generacion. Estas opiniones se notan no sólo en los filósofos y en los poetas paganos, sino que las hay tambien en algunos antiguos padres de la Iglesia, y en los libros apócrifos que han tenido autoridad al principio del cristianismo. Los antiguos pues distinguian en el hombre tres substancias diversas: el *cuerpo* grosero, corruptible y material; el *alma* sutil, delicada, y de la naturaleza del aire ó de la luz; y en fin, el *espíritu* ó el *entendimiento* púramente espiritual y encerrado en el alma, si nos podemos explicar así, como en un estuche.

Después de la muerte del cuerpo, el alma se vuela con el espíritu debajo de la luna. La que ha vivido mal, queda en el infierno, donde sufre la pena que ha merecido; pero la que ha vivido bien, se eleva sobre la luna, donde pasa una segunda muerte. El espíritu, separándose del *alma*, se va á reunir al sol, y el alma ó imagen del cuerpo queda encima de la luna en los campos eliseos, donde goza de una felicidad perfecta, conservando la forma del cuerpo que animaba, y todas las inclinaciones que habia tenido sobre la tierra, sea á las armas, sea á los caballos, sea á hacer justicia &c.

II.  
Estas opiniones se notan prin-

Estas opiniones se notan principalmente en Homero que era el gran teólogo de los Griegos; hablando del alma de Patroclo que se apareció á Aquiles (I), dice que toda ella era semejante al héroe

(1) *Homer. Iliad. xxiii.*

que habia animado, tenia su talle, sus ojos, su voz, y hasta sus vestidos. Y por otra parte (1) dice Ulises que habiendo bajado al infierno vió al divino *Hércules*, esto es, su *imagen*, (su alma), *pues él*, (su espíritu), añade, *está con los dioses inmortales, y asiste á sus banquetes*. Dido dice en Virgilio que su *imagen*, su alma, después de su muerte se retirará debajo de la tierra:

Et nunc magna mei sub terras ibit imago (2).

Aunque tales opiniones están muy distantes de lo que la fe, y la Escritura nos enseñan, no se dejan de notar en esta algunas expresiones que podria parecer que tenían alguna relacion y semejanza con aquellas. Se distingue al alma del entendimiento ó del espíritu. El alma que la Escritura llama *nepesch* [*anima*] ó *neschama* [*spiraculum*] ó tambien *ruach* [*spiritus*], se atribuye tanto á los animales como á los hombres. Dios dice (3) que las *aguas producen reptiles de alma viviente*. Y un poco después (4) Dios da al hombre, y á los animales, á toda *alma viviente*, las yerbas de la tierra para nutrirse. En otra parte (5) Dios hace alianza con el hombre, y con toda *alma viviente*, es decir, con todos los animales; y hablando del diluvio (6): Dios hizo perecer todo lo que tenia el *soplo del espíritu de vida*, ó la respiracion, todo lo que vive. Y tambien dijo: *Yo voy á exterminar toda carne que tiene el espíritu de la vida* (7). Y en otro lugar: *O Dios de los espíritus de toda carne*. (8) Pero el espíritu [*ruach*] puesto solo, ó la inteligencia (*binah*), ó estos dos nombres juntos *el espíritu de inteligencia* (9) no se atribuyen jamas sino al hombre. Estos modos de hablar han podido hacer creer á los antiguos Hebreos que esta alma, que es comun á los hombres y á las bestias, y que la Escritura hace residir en la sangre: *Anima carnis in sanguine est, et anima omnis carnis in sanguine est*, que esta alma, digo, era material y diferente de la inteligencia que la Escritura no atribuye á las bestias.

Filon (10) distingue muy bien el alma sensitiva del alma racional. Dice que el alma sensitiva ó vital, es aquella por la cual vivimos, y que el alma racional es aquella por la que somos racionales. La primera nos es comun con los animales: la segunda nos es propia. Dios no tiene esta alma racional; pero la domina ó es su principio, como que es el origen de la razon. El alma sensitiva que nos es comun con los animales, no es otra cosa que la sangre. Pero el alma racional que es una derivacion de la razon divina, es una substancia espiritual; es espíritu, no aire movido y agitado, sino un modelo, y una imagen del poder divino. Así esta alma que hace la mas noble parte de nosotros mismos se llama *entendimiento* ó *razon*. Esto es lo que dice Filon.

Insinúa en otra parte que el alma es material, pues habiéndose propuesto la cuestion de por qué el alma no se ve (11), responde que no debe inferirse de esto que no existe; que hay almas en todas partes del mundo, en el aire, en el agua, en el fuego, sobre la tierra:

(1) *Idem Odys. v. 600.*—(2) *Virgil. Æneid. iv. 654.*—(3) *Genes. 1. 20.*—(4) *Genes. 1. 30.*—(5) *Genes. ix. 10.*—(6) *Genes. vii. 22. Vide et Deut. xx. 16. et Josue, x. 40. etc.*—(7) *Genes. vi. 7.*—(8) *Num. xvi. 22. et xxvii. 16.*—(9) *Job. xx. 3. et xxxii. 8.*—(10) *Philo, l. quod deter. potiori insid., p. 170.*—(11) *Philo, de Gigantib. p. 285. B.*

principalmente en Homero

III.  
Lo que se nota sobre esto en la Escritura.

IV.  
Opinion de Filon sobre la naturaleza del alma.



que los astros están animados; que los ángeles, las almas y los demonios, no se diferencian sino en el nombre (1). Y si en algunos pasajes dice que los ángeles son incorpóreos (2), quiere decir simplemente que no están reducidos á un cuerpo material como el alma que nos anima. Sigue á los Setenta en la leccion de que *los ángeles de Dios, viendo á las hijas de los hombres que eran hermosas, las escogieron y tomaron por mugeres* (3). Y aunque lo toma por alegoría, y lo aplica á la union de las almas con nuestros cuerpos, supone siempre que estas almas ó estos ángeles que están en el aire, tienen una cierta atraccion que las dirige hácia los cuerpos y los une á ellos, lo que no conviene própiamente sino á una substancia material. No por eso quiero asegurar que él las haya tenido por corpóreas, pues sobre esto no hay nada formal en sus escritos.

V.  
Opinion de  
Josefo y de  
algunos o-  
tros sobre  
el mismo  
objeto.

Pero es cierto que Josefo (4) y el autor del antiguo libro de Enoc (5), han creido á los ángeles corporales, y por consecuencia tambien á las almas, pues las suponen de la misma naturaleza del ángel. El autor del libro de Enoc distingue alma de espíritu en mas de un pasaje: *Los espíritus de los hombres suspiran, &c.*; y un poco mas adelante: *Los espíritus de las almas de los hombres que han muerto, arrojan sus suspiros hasta los cielos* (6). Y en otra parte: *Los gigantes nacidos de estas cópulas monstruosas, se volverán demonios y espíritus malos, cuando su espíritu fuere separado de la carne de su cuerpo* (7); en donde se ve tambien otra opinion que aparece igualmente en algunos rabinos (8) y en S. Crisóstomo (9), de que las almas de los malos son algunas veces cambiadas en demonios. Lo que casi se reduce á lo que dice Josefo (10), y de-pues S. Justino Mr. (11), que las obsesiones y posesiones del demonio, se hacen con frecuencia por la operacion de las almas de los malos, separadas de los cuerpos.

Los Rabinos dan tambien á las almas despues de la separacion del cuerpo, otro cuerpo sutil que ellos llaman *el vaso del alma*. Creen que luego despues de la muerte, las almas de los malos son cubiertas con una especie de vestido, en el cual se acostumbran á sufrir; y que las de los santos tambien le llevan, bien que magnifico y resplandeciente, con el cual se acostumbran al brillo de la felicidad de que se goza en la bienaventuranza (12).

El Cantar de los tres jóvenes hebreos (13) parece que distingue el alma del espíritu, pues el espíritu y el alma son allí convidados separadamente á alabar al Señor: *Benedicite, spiritus et animae justorum, Domino*. No se puede decir que el nombre de espíritus en este lugar significa los ángeles y los espíritus dichosos, pues que tambien son convidados por separado (14). El autor de la Asuncion de Moises (15), dice que Josué estando en la montaña donde murió aquel legislador, vió dos Moiseses, el uno en medio de los ángeles que subia á los cielos, y el otro sobre la tierra en que fué sepultado. El

(1) Philo de Gigant. p. 286. A.—(2) Item, de Confus. ling. p. 345. c. d. e.—(3) Genes. vi. 2. En algunos ejemplares se lee *angeli Dei* en lugar de *fili Dei*—(4) Josep. Antiq. l. i. c. 4.—(5) Lib. Enoc. c. 4.—(6) Ibid. c. 4.—(7) Ibid. c. 9.—(8) Vide Bartholucci, t. i. p. 351. 1.—(9) Chrysost. Homil. 29. in Matth. p. 283. D. E.—(10) Joseph. de bello, l. vii. c. 25. p. 981.—(11) Justin. Mart. Apol. 2. p. 65. a.—(12) Vide R. Abdiom Sphurn. in Or. Haschem. p. 91.—(13) Dan. iii. 86.—(14) Dan. iii. 58.—(15) Apud Clem. Alex. l. vi. Stromat. Evod. ad Aug. Ep. 259. inter Augustin.

primero era su alma, y el segundo su cuerpo grosero. Los saduceos, que no admiten la existencia de los espíritus ni de los ángeles (1), no niegan sin duda la del alma racional, sino solamente su inmortalidad. Reconocen que habia en ellos un ser que pensaba; pero niegan que este ser fuese inmortal y espiritual.

## ARTICULO II.

## Inmortalidad del alma.

El dogma de la inmortalidad del alma, se ha enseñado siempre no solo por los Hebreos, sino tambien por los Caldeos, los Indios y los Egipcios. Algunos dicen que Heródoto sostiene (2) que los Egipcios fueron sus primeros autores, y que conoció personas entre los Griegos que se honraban con esta opinion como si fuesen los inventores; pero que él quiso perdonarlos no nombrándolos. Se supone que quiso designar á Tales de Milet (3) y á Ferecides (4), de quienes los Griegos dicen haber sido los primeros que enseñaron el dogma de la inmortalidad del alma; pero es cierto que ellos le habian tomado de otra parte, y hay algun motivo de creer que la opinion de Heródoto era atribuir á la invencion de los Egipcios, no el dogma de la inmortalidad del alma, sino la opinion de la metempsicosis (5).

Pausanias (6) refiere el origen del dogma de la inmortalidad del alma á los Caldeos y á los magos de los Indios, y pretende que de ellos le tomaron los Griegos, y en particular Platon. Para descubrir su verdadero origen, es necesario ocurrir á los Hebreos. En los libros de Moises y en los otros de la Escritura; entre los Patriarcas y en el pueblo escogido, se halla no solamente la tradicion y la creencia de la inmortalidad del alma, sino tambien las pruebas y los fundamentos de este dogma, que se puede llamar uno de los principales apoyos de la religion.

Moises, que es el autor mas antiguo cuyos escritos tenemos, dice que despues que Dios crió el cuerpo del hombre (7), le dió la vida, *inspirando sobre su rostro un soplo de vida*. No dice lo mismo hablando de los otros animales. Este soplo de vida no es sin duda un soplo sensible y material; se sabe que Dios es un espíritu puro, y que los Hebreos no le han creido jamas ni animado, ni corpóreo á modo del hombre. Es pues necesario entender un soplo espiritual, y del alma racional que le dió entónces. Este mismo soplo es el que retira del hombre cuando le saca del mundo (8). Este soplo divino nos da la inteligencia (9) y la vida (10); es como una lámpara, encendida por Dios mismo, dice el Sabio: *Lucerna Domini spiraculum hominis* (11). De aquí han tomado los Platónicos (12) y otros

I  
Entre los  
Hebreos es  
donde se  
halla princi-  
palmente no  
solo la tradi-  
cion, sino  
tambien las  
pruebas del  
dogma de la  
inmortali-  
dad del al-  
ma.

II.  
Prueba de  
la inmortali-  
dad del al-  
ma en lo  
que se dice  
de la crea-  
cion del  
hombre que  
hizo Dios á  
su semejan-  
za, sobre el  
cual infun-  
dió un soplo  
de vida.

(1) Act. xiiii. 8. (Véase la Disertacion sobre las sectas de los Judios, tom. xi.)—(2) Herodot. l. ii. c. 123.—(3) Cherilus apud Laert. l. i. p. 16.—(4) Tull. Tuscul. q. i. c. 16.—(5) Véase en el Ensayo sobre los geroglíficos de los Egipcios traducido del ingles por Mr. Warburthou p. 275 una carta dirigida á este autor sobre este mismo texto de Heródoto. Se defiende allí que la opinion de Heródoto es que los Egipcios son los primeros que aseguraron que el alma del hombre que es inmortal, entra cuando se separa del cuerpo en el de alguna bestia.—(6) Pausanias Mussen. c. 4. p. 277.—(7) Genes. ii. 7.—(8) Job, xxxiv. 14.—(9) Job, xxxii. 8.—(10) Job, xxxiii. 4.—(11) Prov. xx. 27.—(12) Plato in Phaedone, p. 78. 86. 81. et 95. et in Timeo. p. 99.



antiguos, el pensamiento de que el alma del hombre era como una emanación ó una partícula de la substancia de Dios; un soplo de su boca (1): *Divinae particulam aurae*. El alma del hombre, siendo como una parte de la Divinidad, dice Ciceron (2), no puede ser comparada sino solo á Dios. Nuestra razon no es otra cosa que una parte del Espíritu de Dios, contenida en un cuerpo humano, dice Séneca: *Ratio nihil aliud est, quam in corpus humanum pars divini spiritus mersa* (3).

Cuando Dios quiso crear á Adan, dijo: *Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza* (4). Esta imágen no consiste en el cuerpo, pues Dios no es corporal, sino en el alma y el entendimiento. Cuando quiso destruir á los hombres por medio de las aguas del diluvio, dijo: *Mi espíritu no permanecerá mas largo tiempo en el hombre, porque él es carne* (5). Este espíritu es el que retira del hombre por la muerte (6); este es el espíritu que va y no vuelve: *Spiritus vadens et non rediens* (7). En fin, este es el espíritu que vuelve á Dios que es su autor, cuando el polvo vuelve á la tierra de donde fué sacado: *Revertatur pulvis in terram suam, unde erat, et spiritus redeat ad Deum qui dedit illum* (8).

III  
Juicio que debe formarse de algunas expresiones que parecen dar á las bestias como al hombre un espíritu y un soplo emanado de Dios.

Es verdad que la Escritura se expresa á veces de un modo que parece igualar los animales al hombre, y atribuir á unos y otros un espíritu y un soplo emanado de Dios, pues usa de unos mismos términos, *anima, spiritus, spiraculum*, para designar el alma de unos y otros: la muerte del hombre y la de la bestia se expresan con frecuencia en los mismos términos: Dios lleva para sí el espíritu de toda carne: *Todas las criaturas animadas esperan de vos su alimento. Vos abris vuestras manos, y ellas son saciadas de vuestros bienes. Si vos les ocultais vuestro rostro, ellas caen en turbacion: si vos retirais su espíritu, ellas espiran y vuelven á su polvo: Auferes spiritum eorum et deficient, et in pulverem suum reverientur* (9). Dios hace morir en las aguas del diluvio todo lo que tenía el soplo de vida (10), ó el soplo del espíritu de vida (11). Dice á la tierra y á las aguas que produzcan almas vivientes, ó animales vivos y animados (12). Despues del diluvio hace alianza con toda alma viviente (13). Dice que el alma está en la sangre (14). ¡Todos estos modos de hablar, no parece que indican ser equívocas las palabras *alma, espíritu, y soplo divino*; y que no pueden servir para probar la inmortalidad de nuestra alma, sin que al mismo tiempo se establezca la inmortalidad de la de las bestias?

IV.  
Expresiones de los patriarcas y de Dios mismo, que suponen y prueban el dogma de la inmortalidad del alma.

Pero esta conformidad de expresiones no debe parecer extraña en la Escritura, como no lo parece en nuestra lengua, en que á cada paso confundimos los términos que denotan las operaciones del alma racional con los que señalan los movimientos y las acciones de las bestias y del alma sensitiva; pero ninguno conviene en inferir de aquí que damos á las bestias una alma igual á la nuestra. Sabemos distinguir bien lo que nos es propio, y lo que conviene á los animales. Si la Escritura emplea en ciertos casos expresiones populares

—(1) Horat. lib. II. sat. 2.—(2)—Cic. Tuscul. qu. lib. V. n. 38.—(3) Senec. ep. 56.—(4) Genes. 1. 26.—(5) Genes. VI. 3.—(6) Psal. CIII. 29.—(7) Psalm. LXXVII. 39.—(8) Eccl. XII. 7.—(9) Psalm. CIII. 29.—(10) Genes. VI. 17.—(11) Genes. VII. 22.—(12) Genes. 1. 20. 21. 24.—(13) Genes IX. 9. 10.—(14) Levit. XVII. 11. 14.

que parecen igualar la bestia con el hombre, en los lugares mas importantes tiene el cuidado de hacer conocer la superioridad del hombre, y la gran diferencia que hay entre su alma y la de la bestia. Ella dice del hombre lo que no dice jamás de la bestia; y cuando confunde las expresiones que parecen igualar á una y otra alma, es hablando de la vida del cuerpo, del alma sensitiva que todo el mundo concede á la bestia, como tambien al hombre. Así en la bestia, el alma, el espíritu, el soplo que Dios le concede ó le quita cuando le place, no significan otra cosa que la vida del cuerpo que reside principalmente en la sangre: y hablando del hombre, los mismos términos señalan algunas veces á un tiempo el alma sensitiva y la racional; y otras veces sólomente el alma racional. Esto se distingue por el contexto del discurso.

Se dice, por ejemplo, que Abraham murió de pura vejez, y que fué reunido á su pueblo (1), es decir, á sus padres. ¿Pero cómo fué reunido? No en cuanto al cuerpo, porque los antepasados de Abraham murieron y fueron enterrados en la Caldea y en la Mesopotamia, y Abraham murió y fué sepultado en la tierra de Canaan y en un sepulcro que habia comprado á un extraño á precio de plata: fué pues sólomente en cuanto al alma, que se reunió con las de sus padres, dirigiéndose al lugar donde aguardaban el dia de su redencion. Jacob, habiendo tenido la noticia de que José su hijo habia sido devorado por las bestias, decia: *Yo descenderé en pos de mi hijo al infierno* (2), ó al fondo de la tierra. ¿Esperaba hallar á José en el sepulcro? No sin duda. Creia que el cuerpo de José no habia tenido otro sepulcro que el vientre de las bestias carniceras. Es pues necesario entenderlo de otra vida en donde debian reunirse.

Cuando el Señor dijo á Moises: *Aaron va á juntarse con su pueblo, porque no entrará en el pais que yo he dado á los hijos de Israel* (3); y cuando dice al mismo Moises: *Subirás al monte Nebo, y te reunirás allí con tu pueblo, así como Aaron tu hermano ha muerto sobre el monte Hor, y ha sido reunido á su pueblo* (4); esto no puede tomarse á la letra, pues se sabe que el monte Hor donde murió Aaron, y el monte Nebo donde murió Moises, están el uno en la Arabia Petrea y el otro en el pais de Moab, ambos muy distantes del sepulcro de sus antepasados, sea que se les busque en la Mesopotamia, en la Caldea, ó en la tierra de Canaan. Estas maneras de hablar expresan pues de un modo muy evidente la esperanza de otra vida, y un lugar en que los patriarcas esperaban encontrar á sus antepasados. David estaba lleno de esta esperanza cuando decia de su hijo nacido de Betsabée: *Es inútil llorarle ahora que ya murió; mas bien irá hacia él, y él no volverá jamás hacia mí* (5).

Dios, hablando á Moises en la zarza, le dice: *Yo soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob* (6). No es sin duda el Dios de los que no existen, como observa nuestro Salvador (7); luego estos patriarcas aun están vivos en otra vida. Coré, Datan y Abiron fueron tragados por la tierra, y descendieron, dice la Escritura, vivos

V.  
Continuacion de las expresiones que suponen y prueban el dogma de

(1) Genes. XXV. 8.—(2) Genes. XXXVII. 35.—(3) Num. XX. 24.—(4) Deut. XXXII. 50.—(5) 2. Reg. XII. 23.—(6) Exod. III. 6.—(7) Matt. XXII. 32.



al infierno (1); con lo que parece que Moises quiere decir que fueron transportados á un lugar de suplicios, aun estando en vida; asi como de un modo proporcional, Henoc y Elías han sido transportados vivos á un lugar de felicidad. Todo esto denota muy bien la idea de otra vida y de la inmortalidad del alma. Compárense los otros pasages en que se encuentran semejantes expresiones (2).

Cuando Jacob en el lecho de la muerte dice que espera la salud que debe ser enviada por el Señor: *Salutare tuum expectabo, Domine* (3), esperaba seguramente una convalecencia para la eternidad. Balaam, corrompido como era, deseaba sin embargo morir con la muerte de los justos, y que su fin se pareciese al de ellos: *Moriatur anima mea morte justorum, et fiant novissima mea horum similia* (4). Dice despues que verá al libertador de Israel (5), pero no entónces; que le mirará, pero no pronto. Esperaba pues, vivir largo tiempo para ver la ejecucion y cumplimiento de sus profecias; y no podia lisonjearse de que esto se verificase sino en la otra vida. En fin, ¿qué significan las promesas de Dios á los patriarcas, por ejemplo, cuando el Señor dice á Abraham: *Yo soy tu recompensa sumamente grande* (6)? ¿Este hombre grande y sus sucesores Isaac, Jacob, Judá y los otros justos han recibido en este mundo alguna recompensa que iguale á sus méritos, y los empeños que Dios ha contraido para con ellos? Esperaban pues otra vida y otras recompensas, y no dudaban que despues de la muerte de su cuerpo, Dios cumpliria sus promesas en favor de sus almas.

Otra prueba decisiva de que los Hebreos reconocian la inmortalidad de las almas, y su existencia despues de la muerte del cuerpo, es que creian que los muertos resucitaban, que se aparecian algunas veces, y que se les podia consultar sobre los acontecimientos futuros. La historia de los reyes nos habla de los muertos resucitados por Elías (7) y por Eliseo (8), y por el cuerpo de este último aun despues de su muerte (9). Ana, madre de Samuel, puso entre los efectos del poder sobrenatural de Dios (10) conducir al sepulcro, y hacer volver de él: *Deducit ad inferos, et reducit*. Los profetas (11) hablan con mucha frecuencia de la libertad de los Hebreos, y de la vuelta del cautiverio de Babilonia con el nombre de *resurreccion*. La resurreccion general de los muertos era un dogma recibido de todos los Judíos, á excepcion de los Saduceos, desde el tiempo de los Macabeos, y la de Jesucristo fué creida y sostenida por una infinidad de Judíos. La de Lázaro se hizo, por decirlo así, á vista de todo Israel. Jesucristo habia resucitado ántes á algunos otros. Y no podia haber resurreccion, si el alma muere con el cuerpo.

Las apariciones de los muertos son raras en el Antiguo Testamento. Samuel, evocado por la pitonisa (12), es el ejemplo mas notable que se conoce. Despues de esto, Jeremías se apareció á Ju-

(1) Num. xvi. 30. 33.—(2) Psalm. liv. 16. *Veniat mors super illos, et descendant in infernum viventes*. Psal. ix. 18. *Convertantur peccatores in infernum*. Prov. i. 12. *Deglutiamus eum sicut infernus viventem*.—(3) Genes. xlix. 18.—(4) Num. xxiii. 10.—(5) Num. xxiv. 17.—(6) Gen. xv. 1.—(7) 3. Reg. xvii. 22. 23.—(8) 4. Reg. iv. 34. 35.—(9) 4. Reg. xiii. 21.—(10) 1. Reg. ii. 6.—(11) Ezech. xxxviii. 1. et seqq. Osse, xiii. 14.—(12) 1. Reg. xxviii. 12. et seqq.

das Macabeo (1). Los apóstoles, viendo que Jesucristo se dirigia á ellos sobre el mar durante la noche, creyeron que era una fantasma (2), y cuando se les apareció despues de la resurreccion, creian ver un espíritu que habia tomado la forma de Jesucristo para engañarlos; pero Jesucristo les dice: *Ved, y tocad; un espíritu no tiene carne ni hueso* (3). Los Rabinos creen que las almas no pueden ser vistas en ningun lugar, ni en el infierno, ni en el paraíso, sin que su cuerpo sea enterrado; y que aun despues de que lo sea, su alma vuelve con frecuencia al lugar del sepulcro durante los doce meses que siguen á su fallecimiento para visitar al cuerpo y saber lo que pasa en sus cercanías (4). Creen que la evocacion del alma de Samuel, sucedió durante el curso de estos doce meses; y que no estando aun en el paraíso aquella alma, se apareció á Saul con su cuerpo. Despues de este tiempo, dicen que la pitonisa no hubiera tenido ninguna virtud sobre ella. Estas son las ideas de los Rabinos.

La nigromancia estaba severamente condenada por las leyes de Moises. Este legislador prohíbe consultar á los mágicos y á los que preguntan á los muertos (5); y lo prohíbe bajo la pena de la vida, tanto para quienes los consultan, como para los que ejercen estas artes embusteras. En todos estos pasages se sirve de las palabras *ob* ú *oboth* (6), que se usan en el libro primero de los Reyes, para denotar á la pitonisa, ó la nigromántica que Saul consultó, y á quien hizo evocar el alma de Samuel; y en el Deuteronomio prohíbe expresamente (7) *consultar los muertos*. El Señor, hablando á Isaías, le dice á él y á sus discípulos: *Cuando os dijeren: Consultad los oboths, (6 nigrománticos) y los adivinos, respondedles: ¿Cada pueblo no consulta á su Dios? ¿y se debe consultar á los muertos sobre lo tocante á los vivos* (8)?

Todo esto prueba que los antiguos Hebreos creian la existencia de las almas despues de la muerte, y sin duda tambien su inmortalidad: porque en la sinagoga los que han negado la inmortalidad del alma como los Saduceos, los que han asegurado su aniquilamiento como Maimónides y Kimchi (9), son mirados como una especie de hereges que se apartan de la opinion comun de su nacion; y este sentir es para nosotros una nueva prueba de la creencia comun de los otros Judíos, así como los impíos cuyos errores nos pinta Salomon, y cuyas opiniones nos refiere en el Eclesiastés, diciendo: *Los hombres están sujetos á los mismos accidentes que las bestias, y su suerte es igual. Como mueren las bestias, así tambien muere el hombre: el respiro del mismo modo, y el hombre en cuanto á esto no tiene mas que la bestia: porque todo es vanidad, todo se dirige á un mismo lugar: todos han salido del polvo, y todos se convertirán en polvo: ¿Quién sabe si el alma de los hijos de los hombres sube arriba, y*

(1) 2. Mach. xv. 14.—(2) Matt. xiv. 26.—(3) Luc. xxiv. 37. et seqq.—(4) Bereschit Rabb. c. 22. Talmud tract. Sanhedrin, c. 4. etc.—(5) Levit. xix. 31. *Non declinetis ad magos* (hebr. *pythones*, nec ab ariolis aliquid sciscitemini, xx. 6. *Anima quae declinaverit a magos*) (hebr. *pythones*), et ariolos..... *interficiam illam de medio populi sui*. 27. *Vir sive mulier in quibus pythoneus vel divinationis fuerit spiritus, morte moriantur*.—(6) 1. Reg. xxviii. 7. *Quaerite mihi mulierem habentem pythoneum*.—(7) Deut. xviii. 11. et seqq.—(8) Is. viii. 19. *Quaerite a pythoneis et adivinis, etc.*—(9) Maimon. et alii quidam ut D. Kimchi in psal. i. 5. et civ. 29.

VI.  
El dogma de la inmortalidad del alma probado por las resurrecciones, las apariciones, y aun por el uso de la nigromancia.

VII.  
Prueba de la creencia de los Judíos por la idea que tenían de los que negaban la inmortalidad del alma.



el alma de las bestias desciende abajo (1)? Pero el mismo principe da la solucion de esta dificultad, diciendo: *Que el polvo de que se compone nuestro cuerpo, vuelve á la tierra de donde fué sacado, y el espíritu vuelve á Dios que lo ha dado* (2); y despues: *Temed á Dios y guardad sus mandamientos, porque esto es el todo del hombre; y Dios exigirá cuenta en su juicio de todas las obras y de todo lo que hay mas secreto, sea bueno, sea malo* (3).

## ARTICULO III.

Lo que sucede al alma despues de la muerte.

I.  
Opinion de los antiguos Hebreos sobre el ángel de la muerte.

Los antiguos Hebreos pensaban que habia un ángel que gobernaba la muerte, y que sacaba el alma del cuerpo de un modo dulce ó violento, segun el mérito de la persona. Todos los que morian á una edad temprana y violentamente eran considerados como víctimas de la venganza divina, y entregados al ángel de la muerte, al ángel exterminador, en castigo de sus pecados ó de los de sus padres, ó de sus reyes. Así Her y Onan, hijos de Juda (4), fueron heridos del Señor á causa de su crimen: los primogénitos de Egipto fueron muertos por el ángel exterminador (5); los Israelitas murmuradores (6) y el ejército de Sennaquerib (7) fueron abandonados al ángel de la muerte. Los Setenta hablan expésamente de este ministro de la cólera de Dios en Job: *Aun cuando hubiese mil ángeles de muerte, ninguno lo herirá, si pensase en su corazon volver al Señor* (8). Y en otra parte: *Si el pecador no escucha al Señor, se le quitará la vida por los ángeles* (9). Y Salomon: *El malo no busca sino las pendencias, y el ángel cruel será enviado contra él* (10).

II.  
Fábula de un autor apócrifo sobre la muerte de Moises.

Se lee en la vida de Moises publicada por M. Gaulmin, que Samael, príncipe de los demonios, esperaba el momento señalado para la muerte de Moises, á fin de matarle y de llevarse el alma; pero Dios ordenó al ángel Gabriel que hiciese aquel oficio. Gabriel se excusó diciendo que no se atrevia á emprenderlo. Miguel se excusó igualmente, como tambien Zinghiel: de suerte que Dios envió para esto al ángel malo Samael. Pero Moises le rechazó hasta dos veces, y en fin le cegó con el brillo de su gloria. Entónces este legislador suplicó á Dios que no le entregase al ángel de la muerte. Dios oyó sus súplicas, y vino él mismo acompañado de Miguel, de Gabriel y de Zinghiel para llevarse el alma, y la sacó por medio de un ósculo, segun esta expresion: *Moises, siervo de Dios, murió sobre la boca del Señor* (11). Pero el verdadero sentido de esta expresion es, que murió segun la órden y la palabra del Señor.

(1) Eccl. iii. 19. 20. Hebr. *Accidens enim filiorum hominis et accidens bestiae, et accidens unus eis: sicut moritur ille, sic moritur illa: et spiritus unus omnibus et praestantia hominis super bestiam nulla: omnia enim vanitas. Omnia pergunt ad locum unum: omnia facta sunt de pulvere, et omnia revertuntur in pulverem. Quis novit, etc.*—(2) Eccl. xii. 7.—(3) Eccl. xii. 13. Hebr. *Hoc est enim omne hominis. Omnia enim opera adducet Deus in iudicium, super omni abscondito, sive bono, sive malo.*—(4) Genes. xxxviii. 7. 10. (5) Ezod. xii. 23. 29. (6) Judith, viii. 25.—(7) 4. Reg. xix. 35. Isai. xxxvii. 36.—(8) Job. xxxiii. 23.—(9) Job. xxxvi. 14.—(10) Prov. xvii. 11.—(11) Deut. xxxiv. 5. *Mortuus est Moyses, iubente Domino. (Hebr. Super os Domini.)*

Los Rabinos (1) enseñan que el ángel de la muerte se pone á la cabeza del enfermo ó del moribundo, teniendo en la mano una espada cortante y en ademan de herir. El moribundo al verle se llena de terror y abre la boca, en la cual el ángel malo introduce tres gotas mortales que están en la punta de su espada. La una le hace morir al punto, la otra le vuelve pálido y cardeno, y la tercera le dispone á ser reducido á polvo. Luego que el enfermo ha espirado, el ángel de la muerte acude al primer vaso de agua que encuentra, moja en ella su espada para lavarla, y el agua queda infestada de un veneno mortal. Por eso los Judíos derraman entónces toda la agua que está en su casa, para que no la beba algun animal y se envenene.

Creían ademas que el alma del muerto vuelve con frecuencia á visitar el cuerpo que ha abandonado. Por este motivo encienden durante los siete primeros dias una lámpara en la cámara en que falleció, á fin de que el alma encuentre luz (2); y cuando el cuerpo es enterrado, el ángel de la muerte se sienta sobre su sepulcro, y hace volver á entrar el alma en el cuerpo por un momento, á fin de que le tenga en pié. Entónces el ángel malo tomando una cadena, cuya mitad está caliente y la otra mitad fria, hiere dos veces el cadáver, y al primer golpe le rompe todos los huesos: al segundo los dispersa, y al tercero reduce todo el cuerpo á polvo. Despues de esto acuden los ángeles buenos á reunir todos los huesos esparcidos, y le dan de nuevo sepultura al cadáver (3). Pero no hay nada de todos estos pormenores, ni en la Escritura, ni en los antiguos Judíos. Solamente noto en Orígenes y en Teofilacto, cuando escriben sobre la resurreccion de Lázaro, que los Judíos y los Paganos creían que el alma del muerto permanecía algun tiempo junto al cuerpo en el sepulcro, y que para destruir esta falsa opinion, nuestro Señor gritó en voz alta: *Lázaro, sal afuera* (4).

## ARTICULO IV.

Juicio que Dios ejerce sobre las almas.

Leemos en San Lucas (5) que el alma del pobre Lázaro fué llevada al seno de Abraham por los santos ángeles; y los Rabinos creen que S. Miguel presenta á Dios las almas de los justos (6). Josefo dice sencillamente que segun los Fariseos (7) las almas de los malos son juzgadas debajo de la tierra, y condenadas á penas eternas. Los Judíos reconocen un juicio particular despues de la muerte, y un juicio general despues de la resurreccion, y dicen que Dios juzga á los hombres el primer dia de Tisri que es el primero del año. Pero que esto mas bien es una revision de sus registros, y un exámen del estado de las almas que están en el infierno, que un juicio própiamente dicho.

(1) Talmudistae. Vide Buxtorf. *synag. Jud.* c. 35. p. 507.—(2) Bartolucci. l. 11. p. 147. Buxtorf. *loco citato.*—(3) Buxtorf. *synag. cap.* 35.—(4) Joan. xi. 43.—(5) Luc. xvi. 22.—(6) Vide Targum. in *Cantic.* iv. 12. et *Resbith. Chockmah.* c. 3.—(7) Joseph. *antiq. l. xviii. c. 2. p.* 617. e. et *lib. ii. de Bello, c. 12, p.* 788. f. g.

III.  
Delirios de los Rabinos sobre el ángel de la muerte.

I.  
Opinion de los Judios sobre el juicio que Dios ejerce sobre las almas.



II.  
Doctrina de  
los Talmu-  
distas sobre  
este punto.

Los Talmudistas (1) siguiendo la doctrina de la escuela de Sa-meas, enseñan que hay tres órdenes de personas que aparecerán en el día del juicio. El primero es el de los justos, el segundo el de los malos, y el tercero el de los que están en un estado medio, que no son ni del todo justos, ni del todo impíos. Los justos serán al punto destinados á la vida eterna; y los malos á las desdichas del tormento, llamado gehena ó el infierno. Los medianistas tanto judíos como gentiles, descenderán al infierno con su cuerpo, y allí llorarán durante doce meses, subiendo y bajando, yendo á su cuerpo y tornando al infierno. Despues de este tiempo sus cuerpos serán consumidos y sus almas quemadas, y el viento las dispersará bajo los piés de los justos. Pero los hereges, los epicureos que niegan la ley y la resurreccion de los muertos; los tiranos que difunden el terror en la tierra de los vivos y que como Jeroboam, hijo de Nabat, inducen á los pueblos al pecado, serán castigados en el infierno por los siglos de los siglos. Los Judíos reconocen pues una especie de purgatorio, como se acaba de ver. Pero de esta materia trataremos adelante con mas extension. Establezcamos primero el paraíso y el infierno por los testimonios de la Escritura del Antiguo y Nuevo Testamento.

#### ARTICULO V.

Felicidad del Paraíso.

I  
Expresiones  
del Antiguo  
Testamento  
que denotan  
la dicha de  
la vida futu-  
ra.

Moises no habla expresamente de la vida eterna ni de la felicidad de la vida futura para las personas buenas; pero lo insinúa de un modo bastante claro en mas de un lugar, por ejemplo, Dios le dice: *Non videbit me homo, et vivet* (2). El hombre no me verá en tanto que viva, como para denotar que despues de su muerte podria verle. En otra parte Dios promete la vida á los que observan sus preceptos: *Custodite leges meas atque judicia, quae faciens homo vivet in eis* (3); y tambien: *Hoy os he propuesto la vida y el bien, y por otro lado la muerte y el mal* (4); la vida, si observais las leyes del Señor; la muerte, si las violais. Ahora bien: ni la vida del cuerpo es una recompensa proporcionada al mérito de los justos que guardan los preceptos del Señor; ni la muerte del cuerpo una pena bastante grande para castigar á los prevaricadores: á mas de que por la experiencia se ve que muchas veces los mas buenos no son ni los mas dichosos, ni los que gozan de mas larga vida; y que al contrario, se ve con frecuencia á los malos muy dichosos, gozando de muy buena salud y larga vida sobre la tierra. Es necesario pues admitir recompensas eternas en otra vida.

Se leen en los Salmos y en muchos profetas, expresiones figuradas que denotan la dicha de la vida futura, como el torrente de deleites con que están embriagados los santos; la fuente de la vida de que beben; el banquete delicioso á que asisten, la tierra de los

(1) Talmud. in Gemar. Tract. Roseh. Hascana, c. 1. fol 16.—(2) Ecod. xxxiii. 20.—(3) Levit. xviii. 5.—(4) Deut. xxx. 15. 19.

vivos que les está prometida; el reino á que son llamados; la corona de gloria que se les da, el resplandor y la magestad de que serán rodeados.

San Juan en el Apocalipsis (1), nos representa á los mártires debajo del altar de Dios. Los Rabinos (2) colocan el alma de Moises y las de los Santos, debajo del trono de Dios. El Salvador las representa en el seno de Abraham (3). Samuel, apareciéndose á Saul, le dice: *¿Por qué has turbado mi reposo* (4)? Jesucristo dice al buen ladrón: *Hoy estarás conmigo en el Paraíso* (5); compara el reino de los cielos á un banquete (6), del cual son excluidos los malos, las vírgenes necias y los que no tienen la ropa nupcial y son arrojados á las tinieblas exteriores donde hay remordimientos, desesperacion, llantos y crujidos de dientes. En otra parte habla de él como de un reino, cuyos primeros lugares serán ocupados por sus amigos y sus mas fieles servidores (7). Todo esto da á conocer que los Hebreos de aquel tiempo como los de ahora, tenían muchos modos figurados para expresar la dicha de la vida futura.

Aunque el lugar en que están los justos sea muy diverso y muy distante del que ocupan los malos en la otra vida, pues hay entre unos y otros un gran caos: *Inter nos et vos chaos magnum firmatum est*, (8) no obstante, los malos son testigos de la gloria y de la dicha de los justos, y esta vista aumenta sus pesares, su envidia y su desesperacion. *He aquí*, dicen (9), *aquellos que han sido en otro tiempo el objeto de nuestros escarmios y de nuestros ultrajes, ¡cuán insensatos éramos! Su vida nos parecía una locura, y su muerte, ignominiosa; pero hélos aquí elevados al lugar de los hijos de Dios y partícipes con los santos.... He aquí lo que los pecadores dicen en el infierno.* El rico ávariento es testigo de la dicha del pobre Lázaro (10), y suplica á Abraham que envíe á Lázaro al mundo, á fin, dice, *de que advierta á mis hermanos, no sea que vengan tambien á este lugar de tormento.* El autor del libro iv. de Esdras (11) dice que las almas de los justos claman al Señor desde el lugar en que están depositadas, *in promptuariis suis*, y le dicen: *¿Hasta cuándo estaré aguardando, y cuándo llegará el tiempo de nuestra recompensa?* El arcángel Jeremiel les responde: *Esperad que el número de la semilla se complete en vosotros.* Lo cual es un poco semejante á lo que se lee en el Apocalipsis (12), donde las almas de los mártires que están debajo del altar, claman al Señor, diciendo: *¿Hasta cuándo diferis la venganza de nuestra sangre?* Pero se les dijo que estuviesen quietos un poco de tiempo, hasta que se completara el número de sus hermanos y de los que debian como ellos dar la vida por el Señor.

(1) Apoc. vi. 9.—(2) Vide vindit. De vita functorum statu scil. 7.—(3) Luc. xvi. 22.—(4) 1. Reg. xxviii. 15.—(5) Luc. xxiii. 43.—(6) Luc. xiii. 28 et seqq.—(7) Luc. xxii. 29. 30.—(8) Luc. xvi. 26.—(9) Sap. v. 3. et seqq.—(10) Luc. xvi. 23. et seqq.—(11) 4. Esdr. iv. 35. et seqq.—(12) Apos. vi. 10. 11.

II.  
La misma  
dicha caracte-  
rizada por  
expresiones  
del Nuevo  
Testamento

III.  
Observacio-  
nes sobre el  
lugar en  
que están  
las almas de  
los justos.